

## GÉNERO, MEMORIA Y EXILIO: EL TESTIMONIO DE CAROLINA MAINARDI EN LA REPÚBLICA DOMINICANA DEL DICTADOR TRUJILLO (1930-1961)

Walter R. Bonilla Carlo\*

Cultura



*A "life-testimony" is not simply a testimony to a private life, but a point of conflation between text and life, a textual testimony which can penetrate us like an actual life*

FELMAN Y LAUB, 1992

### Resumen

Este artículo analiza el testimonio de Carolina Mainardi (*Vivencias*) durante la dictadura de Trujillo y cómo su memoria oculta las características femeninas de su identidad social y cultural.

\* Licenciado en Historia por la Universidad Interamericana, Recinto de San Germán; maestro en Artes con concentración en Historia y Doctor en Filosofía y Letras con concentración en Historia del Caribe en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. Catedrático Asociado en el Departamento de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Aguadilla.

De hecho, Mainardi representa su condición de género a partir de su incorporación en los relatos históricos/masculinos de su nación. Mi hipótesis revela que la autora insiste en la relevancia de los "otros", es decir, los exiliados antitrujillistas, y restringe sus propias evocaciones por otras experiencias que considera de mayor trascendencia en su vida. Finalmente, por medio de su espacio familiar y público, Mainardi articula sus vivencias sociales y políticas como una manera de resaltar el protagonismo de su esposo fuera de la República Dominicana.

*Palabras clave:* exilio y memoria testimonial; dictadura Rafael L. Trujillo (1930-1961); República Dominicana.

### El género en la memoria testimonial

En *La maldición de Ulises*, Ana Vásquez y Ana María Araujo (1990) señalan que las mujeres en el exilio confrontan mayores dificultades que los hombres en poder crear una identidad política y social. En el destierro no desaparecen las barreras sexuales que existían en su país de procedencia, lo cual le representa a la mujer despatriada una doble afirmación de su diferencia ante el mundo masculino. La conciencia histórica de las mujeres del exilio surge de la mano de los propios procesos de muerte y de dolor, en que las desterradas realizan una búsqueda interna y externa de su vida, labrándose, por medio de las luchas antidictatoriales, su aceptación individual y colectiva dentro de la cultura dominante (Kaminsky, 1999). Sin embargo, el discurso testimonial, en la mayoría de las exiliadas latinoamericanas, sigue girando en torno a la preservación de los valores tradicionales de la patria y de la familia.

De hecho, no fue hasta las últimas décadas del siglo xx cuando las mujeres occidentales, especialmente las estadounidenses y las europeas, empezaron a cuestionar los patrones genéricos e ideológicos de la cultura patriarcal. Según Sidonie Smith (1991), a pesar de permanecer relegadas en un segundo plano por tanto tiempo, las historiadoras e investigadoras literarias encontraron que las escritoras femeninas siempre han cruzado las fronteras privadas de su género sexual. Por ejemplo, las mujeres de clase alta o burguesa dejaron plasmado —mediante la autoescritura (cartas, diarios, biografías y testimonios)— su deseo de participar en la vida pública, como una manera de acercarse paulatinamente al poder político. El mundo intelectual de los hombres y las mujeres es más reñido de lo que normalmente se piensa; no es extraño, por ende, el rechazo real y simbólico en contra de ellas.

Para Smith (1987), la escritura testimonial femenina surge precisamente de las limitaciones que le ha impuesto el género androcéntrico a la vida de las mujeres. El silencio cultural obliga a las escritoras a mantener una posición discursiva marginal, narrando sus experiencias personales de una manera intemporal e idealizada.

Sin poder romper totalmente con la ideología de los textos masculinos, la testigo se redescubre a partir de los modelos familiares, los cuales le siguen revistiendo de una coherencia y un significado particular a su historia comunal. El sujeto femenino explora los cambios en su presente, sin olvidar su huella pasada, con la idea de “actuar” en el incómodo escenario del lenguaje escrito.

El texto que examino en este artículo, *Vivencias* (2000), de Carolina Mainardi (doña Conina), se apoya en la identidad androcéntrica del exilio antitrujillista, para “hablar” de ella primero, y después de las luchas políticas y sociales de los miembros masculinos de su familia. De hecho, Mainardi —fallecida en 1999— ordena sus recuerdos privados para aliviar sus sentimientos personales, sabiendo el interés de la sociedad dominicana en las memorias en contra de Trujillo. Según Roberto Cassá, quien escribe el prólogo del libro:

El exilio antitrujillista constituye uno de los tantos hoyos negros de la historia dominicana contemporánea. Su desconocimiento es imperdonable por cuanto representó el contrapunto al trujillato, una contra sociedad libre que se recompuso alrededor del anhelo por el retorno para la construcción de una patria mejor. Este libro ofrece un panorama integral del exilio antitrujillista, y las apreciaciones contenidas en él tendrán que ser tomadas como elementos de referencia para cualesquiera elaboraciones ulteriores (Mainardi, 2000:12-13).

La autora, quien era esposa del doctor Leovigildo Cuello, importante líder antitrujillista en Puerto Rico, dirige su memoria a un lector mayormente interesado en los aspectos públicos de su vida. Asimismo, doña Conina, como testigo principal, no altera los modos convencionales de la narración autobiográfica, manteniendo una posición reservada en torno a los sucesos más íntimos de su condición de mujer exiliada. Mainardi (2000:15) empieza diciendo:

Al fin he decidido poner mis recuerdos al día para complacer a mis hijos Luis Rafael, Leovigildo y Jorge, que

creen que todo lo que he vivido, sabido, conocido, de los últimos treinta años y más atrás debo dejarlo escrito. Nunca le he dado esa gran importancia aunque soy una persona que conserva en su memoria, en su corazón y en sus sentimientos, un caudal de emociones, que nunca han variado, pues siempre pensé que se irían conmigo a la tumba.

Del libro de Mainardi me interesa destacar la reconstrucción testimonial que hace ella de su espacio familiar y público, manejando sus vivencias dentro de los logros y los fracasos del destierro antitrujillista. La autora relata principalmente las actividades profesionales y políticas de su esposo durante los treinta años de dictadura en la República Dominicana.

No obstante que su discurso social es conservador, viéndose a sí misma como guardiana de los recuerdos familiares, se pueden obtener claves interesantes sobre su identidad individual y colectiva. Cassá señala:

No nos encontramos con un texto común, no obstante la modestia [de doña Conina] de rescatar las pasiones y las penas de quienes desde fuera del país, levantaron el estandarte de la recusación al despotismo criminal. La autora asume, amparada en un pasado libre de tachas, el enjuiciamiento de los responsables de los crímenes y de otros actos inicuos del poder (Mainardi, 2000:14).

La imagen que ella crea del exilio dominicano está directamente relacionada con la pérdida de su ámbito social y cultural, convirtiendo su memoria testimonial<sup>1</sup> en un orquestado espacio de reparación de su dignidad humana. Mi hipótesis es que Mainardi, al recordar sus experiencias como esposa de un líder antitrujillista, se apoya en la visión de género masculino para mostrar sus vivencias familiares y públicas.

El apoderamiento del yo biográfico de las mujeres no está exento de las polémicas creadas por la interpretación de las experiencias de

<sup>1</sup> La memoria testimonial femenina se define a partir de la relación y la conexión narrativa de la mujer con los demás miembros de su comunidad histórica.

identidad y de verdad histórica en los textos androcéntricos. De acuerdo con Germaine Brée (1994), el género testimonial refleja una serie de convencionalismos y de apropiaciones lingüísticas en contra de la firma femenina, ya que los términos y las reglas literarias siguen privilegiando la producción de obras masculinas. Los prejuicios sexuales, así como las diferencias sociales y económicas, son criterios que continúan vigentes en los temas emitidos por las mujeres. “Si la escritura autobiográfica masculina es considerada como teleológica y lineal, la femenina se describe como fragmentada y circular; si se considera que la masculina usa una retórica de aserción, la femenina se define en términos de una retórica de seducción”, afirma Brée (Brée, 1994:102).

Los textos femeninos se ven afectados por los cambios en las experiencias temporales de las autoras, siendo su pasado producto directo de la significación impuesta en las palabras que aún escoge para producir su relato. Aunque el esfuerzo de recuperar sus experiencias íntimas puede ser problemático debido a su origen social y cultural, la escritora puede convertir el discurso testimonial en un objeto de estudio histórico, queriendo alcanzar la “verdad” de su vida. “La naturaleza de tal verdad debe entenderse como la lucha de una persona histórica, y no de ficción, por comprender y reconciliarse con su propio pasado”, aduce Smith (1991:96). Además, las presiones psicológicas y narrativas de su testimonio provocan la aparición de otras formas discursivas ligadas al poder de la historia y de la memoria escrita, ya que la testigo, por medio de sus recuerdos, se ve tentada a contar la totalidad de su existencia, buscando reconstruir su realidad personal, para asumirse conscientemente como sujeto femenino.

La mujer, menciona Aileen Schmidt (2003), valida sus prácticas cotidianas, tanto privadas como públicas, no a contrapelo de su identidad familiar, sino dentro de las mismas instancias culturales de su comunidad. El sujeto femenino autoriza e incentiva su escritura testimonial articulando sus experiencias sociales y políticas, como una manera de resaltar también su protagonismo histórico. La representación de

su ser literario está marcada notablemente por el deseo de imponer sus propios referentes en la bio-memoria. Para Schmidt (2003:36): “la escritura se convierte en una práctica contestataria, en una toma de poder para la protagonista-narradora quien, desde la voluntad de su conciencia, asume control de su vida y decide interpretarla, rompiendo las barreras literarias y culturales de su género”.

Sin embargo, el desdoblamiento del yo femenino no es tan libre como se alega anteriormente debido a que el uso del lenguaje revela la imposición de patrones ficticios, como es la incorporación de mitos y de metáforas androcéntricas, las cuales ejercen una presión constante sobre la escritora. El proceso testimonial femenino no se puede situar fuera del ámbito ideológico masculino; en todo caso, los textos de las mujeres se desplazan e interactúan con los discursos dominantes de la cultura occidental. Son las distintas versiones de sí misma, las máscaras retóricas de la memoria, un territorio polifónico que promueve la realización subjetiva de las autoras.

Esto no quiere decir que el sujeto femenino tenga un punto de vista definitivo de ella o del hombre, sino que el proyecto de contar la historia vivida responde a unas expectativas o conflictos que varían según va escribiendo, como muy bien analiza Brée (1994). En otras palabras: la mujer está consciente de que relata para “otros”, siendo juzgada más por su género sexual que por el contenido del relato, lo cual es una carga que debe sostener debido a la publicación de su trabajo. La autobiógrafa, aunque orienta su exposición dentro de los parámetros de la memoria testimonial, opta por mantener una estrategia de dualidad –como mujer y autora– que le garantiza un relativo espacio de poder en la comunidad. Por lo tanto, “la autora que elige escribir autobiografía”, asegura Smith (1991:99), “desenmascara su deseo transgresor de poseer autoridad literaria y cultural”.

En ese sentido, la testigo realiza un doble esfuerzo por mantener el respeto de los lectores, maniobrando con la ideología patriarcal para auto-representar su frágil identidad colectiva. La mujer, a base de su relación madre/hija,

trata de resolver los conflictos inter-personales usando su propia sensibilidad femenina, en cuyo caso puede sostener un equilibrado diálogo con los demás. Sin duda, las mujeres validan sus experiencias personales de una manera distinta a los hombres, ya que su compromiso político y social de contarse a sí mismas resulta más fluido y circunstancial en su cotidianidad que las “heroicas” hazañas masculinas (Schmidt, 2003). El problema de la crítica testimonial femenina es la desconexión que existe entre la teoría y las diferentes circunstancias personales que rodean a las mujeres.

Por ejemplo, al enfatizar sólo en los elementos individuales de la memoria autobiográfica, la historia y la crítica literaria han dejado poco espacio para reflexionar sobre los distintos fenómenos culturales y políticos que propician la escritura de las exiliadas en el mundo occidental. Según Vásquez y Araujo (1990), la carga de incertidumbre y pérdida de identidad en el destierro no es una situación exclusiva de los hombres; las mujeres padecen del mismo desmoronamiento social y político que surge de la salida inesperada de su territorio natural, sobre todo cuando la mayoría de las despatriadas son arrastradas por los proyectos personales de sus padres o esposos, lo cual les genera un proceso de crisis e invisibilidad ante los grupos masculinos del exilio.

No obstante, ellas, al enfrentar la difícil decisión de vivir fuera de su lugar de origen, transforman sus rupturas personales en una reflexión introspectiva de su identidad de género. Elizabeth Jelin (2002) explica que las mujeres tienden a recordar con más detalles los eventos cotidianos del destierro, manteniendo un mayor control de los aspectos económicos y emocionales de su familia. De hecho, a pesar de que las exiliadas narran sus experiencias de un modo androcéntrico, el desdoblamiento o el silencio de su memoria es casi siempre una estrategia para legitimar su importante rol dentro de las filas del exilio masculino. “La ambigüedad de la posición de sujeto activo/acompañante o cuidadora pasiva puede entonces manifestarse en un corrimiento de su propia identidad, queriendo narrar al otro”, apunta (Jelin, 2002:108).

Así pues, el ser testigo de la vida de su familia, viviendo para los “otros”, es una manera de hacer públicas sus memorias.

En tal sentido, al “contar” la historia del doctor Cuello, el libro de Mainardi disimula la perspectiva de género femenino, sin confrontar las experiencias humanas del exilio dominicano, para servir de mediadora en la narración autobiográfica. “Un testimonio, arguye Juan Duchesne (1992:6), interesa no sólo por el orden de hechos que revela, sino por la posición y perspectiva que adquiere aquel que lo proporciona en el cuadro de acontecimientos que contribuye a configurar”. Entonces, ¿hacia dónde conduce la retórica familiar y pública de doña Conina, y por qué su relato se desplaza entre la apropiación y la reconciliación de las experiencias contenidas? Se puede sugerir, como argumento, que la conciencia representativa de la autora depende enormemente del espacio intelectual, político y social que ocupó su familia y su esposo tanto dentro como fuera del país.

### **El espacio familiar en la memoria testimonial**

Nadie pone en duda que para la cultura latinoamericana el ámbito de la familia constituye un punto de referencia obligado, siendo la principal institución afectiva de los seres humanos. El poder que mantiene el género masculino en la vida de las mujeres y de la familia todavía representa un espacio de protección y de control muy valorado por la sociedad patriarcal (Lerner, 1986). El mundo femenino utiliza códigos morales y sociales que reproducen roles y normas sobre el comportamiento “correcto” de las mujeres. La familia, como espacio privado, ejerce una presión y una influencia fundamental en la identidad individual y colectiva de la mujer. De ahí que los patrones heurísticos de la memoria testimonial femenina se caractericen por la importancia narrativa de mantener un acercamiento y un orden en las descripciones de las historias paternas y maternas. Según Smith (1991), la autobiógrafa, cuando explora y busca respuestas a sus dilemas personales, asume que su vida familiar tiene importancia para

los demás miembros de su comunidad; por tal motivo, se siente en el deber histórico de romper su silencio para hablar de ella públicamente. De esta forma, la escritora moldea su relato de acuerdo con las expectativas temáticas y de género femenino de los lectores, con la idea de atraer la atención cultural de la sociedad.

Por otro lado, aunque los enfoques sociales e históricos de su vida son androcéntricos, la testigo reconstruye su relación cronológica con sus pares masculinos creando una especie de “pacto” compartido con la familia. Es decir, la mujer, por medio de su estirpe androcéntrica, posee la conciencia y la autoridad de integrarse a su grupo de origen, ya que tiene la capacidad de conectarse con el mundo individualista de los hombres. “Al [reconstruir sus recuerdos], afirma que el individuo, sin importar cuán duramente se vea constreñido por su sociedad ni lo comprometido que se vea en la lucha, puede reivindicar legítimamente una identidad autónoma que realiza su potencialidad única”, acota Smith (1991:100). En ese sentido, el sujeto femenino desea que sus experiencias tengan el mismo valor simbólico que las de su contraparte masculina. Por ejemplo, en la primera parte del libro de Mainardi, dedicada a su infancia y a su juventud, ésta destaca los prejuicios y las dificultades que enfrentó, en la década del veinte del siglo pasado, para sobresalir intelectualmente en la sociedad dominicana. “Llegué a la Universidad en una época en que las señoritas no pensaban en estudios y su mayor aspiración era esperar a un ‘buen mozo’ que las enamorara, que se casara con ellas para formar una familia. Pero yo no me conformé con eso, fue tanto lo que insistí con mis papás que me dejaran ir a la universidad, que al fin accedieron” (Mainardi, 2000:18).

La autora señala que, contrario al ideal de formar inmediatamente una familia, su inquietud principal era la política, por lo cual se sentía diferente a sus compañeras de escuela.

Tenía inquietudes que otras muchachas no tenían; a mí me interesaban mucho los temas políticos, los temas patrióticos, las cosas de la patria. Para mí eran cosas que consideraba que

me pertenecían, y en la cuales debería siempre aportar algo bueno, así lo sentía desde mis primeros años escolares. En el bachillerato tenía como compañeros a hombres que luego se destacaron en la vida pública. Entre ellos, que yo les pueda nombrar ahora mismo está el presidente de la República doctor Joaquín Balaguer (Mainardi, 2000:19).

De hecho, al encarar las posturas de género de la sociedad dominicana, Mainardi reproduce una imagen de autoridad que refleja claramente cómo ella logra desarrollar su propia identidad social y cultural. Curiosamente, su interés en los temas políticos no dependió de su padre, quien sólo deseaba verla casada, sino de la conducta decidida que heredó de su madre.<sup>2</sup> Así que, inconforme con las normas y las limitaciones en contra de la mujer, se enfrentó a su padre y logró estudiar farmacia como una manera de identificarse y de relacionarse con los problemas económicos y sociales del país. La autora podía, gracias a su profesión, contribuir al bienestar de su familia, mientras seguía de cerca las actividades políticas de los hombres.

Para doña Conina, la creación de su conciencia individual fue un proceso que no estuvo desligado de los parámetros de género de la comunidad, valorándose a sí y a los demás por las aportaciones que podían realizar fuera del hogar. De acuerdo con Sheila Rowbotham, la cultura femenina “posee y ocupa el mundo tal como es y el mundo tal como se ve y se oye” (Rowbotham, 1973:127). La mujer no olvida el hecho de ser mujer, contrario al hombre, quien asume su posición hegemónica, sin tener que recordar constantemente que disfruta de una condición privilegiada dentro de la familia. Sin embargo, aunque a las mujeres se les ha negado históricamente la “ilusión” del individualismo, el sujeto femenino ha tenido que esforzarse, a pesar de su posición marginal, en transformar los modelos exclusivos y excluyentes de la cultura androcéntrica.

<sup>2</sup> “Mi mamá, que era santiaguesa, tenía mucha simpatía dentro de toda la comunidad de Santiago, y era muy conocida por su carácter decidido y firme. Le gustaban los negocios y le gustaba la rectitud en la conducta, y con esos principios nos formaron” (Mainardi, 2000:18).

Para Susan Friedman, “las mujeres pueden salir de su alineación a través de la solidaridad colectiva con otras mujeres, es decir, por el reconocimiento de que las mujeres como grupo pueden desarrollar modos diferentes de percibirse a sí mismas al construir una identidad de grupo basada en su experiencia histórica” (Friedman, 1994:162). El sentido individual y colectivo de la conciencia femenina es una nueva fuente de poder que permite una prescripción diferente de las mujeres, lo cual ayuda a hacer visibles sus deseos y preocupaciones sobre sí misma. La mujer, como escritora autobiográfica, crea una identidad especial que casi nunca es independiente de los otros actores de su vida; por tal motivo, el texto que produce no tiende a aislarse de los demás, sino que está en constante relación con el otro masculino (Kadar, 1994).

El relato testimonial de doña Conina funde lo singular y lo plural de su historia familiar, conectando su existencia mediante la solidaridad con las personas que la rodean afectivamente. Al recordar a los miembros masculinos de su familia, los significantes narrativos de la autora son sustituidos por “otros” que considera superiores, tales como la patria, la dictadura y el exilio, escondiendo su “yo” individual femenino por un “nosotros” colectivo. El cambio de primera a tercera persona es directo e inmediato en la memoria de Mainardi, pasando a revivir los eventos que marcaron de dolor y de sufrimiento a importantes miembros de su familia en la Era de Trujillo. La autora se convierte en la defensora biográfica de las actividades antidictatoriales de sus parientes cercanos, destacando los aspectos heroicos y cívicos de sus protagonistas masculinos.

Por ejemplo, ella describe con detalle la muerte de su tío, Virgilio Martínez Reyna, quien fue asesinado en los primeros días de la dictadura, y la inmolación de un hermano y de un sobrino suyos en las playas de Maimón y Estero Hondo en 1959.<sup>3</sup> Según Conina: “Martínez Reyna era un privilegiado de la inteligencia, un hombre sumamente talentoso, un espíritu muy sensi-

<sup>3</sup> Silín Mainardi y su hijo Víctor fueron ejecutados por el ejército trujillista, intentando desembarcar militarmente por la costa norte de la República Dominicana, entre el 14 y el 20 de junio de 1959.

ble, muy trabajador, muy honrado y vehemente en sus principios y en sus ideales” (Mainardi, 2000:20).<sup>4</sup> El sentido de su propia identidad histórica se transformó debido al crimen cometido en contra de su tío, lo cual provocó que ella y su esposo tuvieran que salir inesperadamente al destierro. La autora recuerda:

Yo vendí la clínica del Dr. Cuello a precio vil, unas cuantas cosas se vendieron, otras las regalé y otras las dejé y salí como decimos en buen español, con la sabana por un canto, luego de haber hecho gestiones para conseguir los pasaportes. Así salí de mi país, el 14 de agosto de 1930. Dejé a mi queridísimo país, para ir a residir a Puerto Rico a un largo destierro de 31 años (Mainardi, 2000:67-68).

Mainardi no es ajena al proceso psicológico de trauma y de duelo que se expresa al sufrir, como ser humano, la pérdida repentina de su ambiente afectivo. Ésta, quien fue “condenada” a 31 años de exilio, enfrentó, junto a su esposo, la novedad de sentirse extranjeros en Puerto Rico, habiendo pasado por el dolor y la humillación de la partida. La ruptura angustiada con el territorio amado implicó replantarse los proyectos de su vida cotidiana, como el trabajo, la vivienda, el cuidado de los hijos, teniendo que empezar su adaptación social desde cero. Doña Conina ilustra su difícil proceso de reacomodo económico: “Como todos los principios, el de nosotros no fue fácil en un país que no era el nuestro. Nos estábamos comiendo los pesos-dólares que habíamos traído a Puerto Rico. Mi marido consideró que la segunda ciudad de Puerto Rico, Ponce, nos podría ser útil para que un hombre de su capacidad pudiera desarrollarse y vivir allí con su familia” (Mainardi, 2000:69).

Entre otras penurias, doña Conina recuerda que

<sup>4</sup> El Dr. Virgilio Martínez Reyna fue un conocido abogado y opositor político de la intervención estadounidense, de 1916 a 1924, en territorio dominicano. Durante la administración de Horacio Vázquez (1924-1930) fue nombrado Secretario de la Presidencia de la República Dominicana. En 1930, Martínez Reyna y su esposa Altagracia Almánzar Fernández, quien estaba embarazada, fueron asesinados vilmente por partidarios militares de Trujillo, en su hogar de San José de la Matas, provincia de Santiago.

las autoridades médicas en Puerto Rico no querían reconocer la especialidad de oftalmología al doctor Cuello, ya que su esposo no era ciudadano de Estados Unidos. Aunque tenía el título de médico de la Universidad de Santo Domingo, el doctor Cuello fue acusado de ejercer su profesión de manera ilegal, enfrentándose al prejuicio de algunos médicos puertorriqueños. “Este fue un periodo para nosotros muy difícil, económicamente y moralmente hablando, porque la prensa todos los días reseñaba el caso del Dr. Cuello, algunos traían defensas y otros lo atacaban, pero siempre se colocaba a la Junta [Examinadora de Médicos] en los derechos de sus principios” (Mainardi, 2000:82).<sup>5</sup>

Después de una larga batalla jurídica, Mainardi explica que se logró cambiar el artículo legal que impedía que los extranjeros pudieran tomar el examen de revalidación para ejercer la medicina en Puerto Rico, siendo ésta una de las satisfacciones más grandes de su esposo durante el exilio.<sup>6</sup>

La mujer despatriada, alude María del Carmen Riddell (2000), construye su memoria testimonial en un contexto de profunda relación consciente con los “otros” exiliados, librando una verdadera batalla con los sentimientos y la realidad de estar fuera de su país. El mundo-objeto de las desterradas se constituye a partir de una gama de experiencias compartidas solidariamente, las cuales no dejan de representar una situación de reto y de esperanza para muchas de ellas. Debido al desplazamiento temporal, la escritora asume una posición crítica en torno a los efectos de la persecución política en su nación, responsable de su devastación personal y familiar, y sobre la sociedad que la recibe como refugiada (Kaminsky, 1999). La capacidad que tiene la mujer para simpatizar e identificarse con otros individuos en su misma condición puede conducir a un tipo de resistencia cultural en el exilio.

<sup>5</sup> El énfasis es mío.

<sup>6</sup> “Después de este año [1932] y de haber conseguido su reválida, comenzaba el Dr. Cuello a sentirse más tranquilo, con el ánimo dispuesto a la lucha antitrujillista y siempre en contacto con los exiliados que estaban en San Juan”, resume Mainardi (2000:84).

Sin embargo, el proceso de reacomodo o de asimilación en una nueva cultura no elimina los sentimientos de culpa y de melancolía en los despatriados, manteniendo siempre abiertas las “heridas” de la familia. “La narración”, como aclara Riddel, “permite un distanciamiento entre el individuo del presente de la escritura y el individuo del pasado de la historia que convierte a la persona en varias y que se agudiza y se dramatiza considerablemente en el exilio” (2000:43). En todo caso, el discurso familiar de la autora no está separado de los acontecimientos públicos de su país, sino que están imbricados y ordenados semánticamente por medio de la memoria escrita. De este modo, doña Conina prefiere testimoniar la conducta ejemplar y militante de su compañero, omitiendo sucesos íntimos de su matrimonio,<sup>7</sup> para no dejar duda de la valentía y del compromiso incansable de su esposo con la causa antitrujillista.

### El espacio público de la memoria testimonial

En general, la memoria testimonial tiende a privilegiar el espacio público de la política, sobre todo, cuando se está cerca de las personas que cambian la historia completa de una sociedad. Las experiencias públicas, para quienes las padecen, les brindan un espacio de reconocimiento y de poder que es muy valorado por el individuo que anhela comunicar sus vivencias políticas (Codetta, 2000). La autobiografía o la memoria testimonial intentan rescatar eventos o protagonistas que la historia oficial no inserta en sus discursos dominantes. El narrador o la narradora escogen contar los hechos sociales o políticos que consideran ejemplares de su vida.

Según Schmidt (2003), “la escritura testimonial se caracteriza por su funcionalidad e inmediatez: quien escribe tiene urgencia de informar, de dar a conocer circunstancias de las que es

protagonista y que la identifican con su comunidad” (Schmidt, 2003:115). Ahora bien, la visión que pueden tener las mujeres del espacio público puede variar debido a diversos factores culturales, siendo su socialización en las estructuras del género una de las causas que han propiciado su inhibición histórica. Por tal razón, la mujer que opta por el escenario público asume posturas “masculinas” para poder participar en las actividades concebidas como propias de los hombres (Codetta, 2000). El riesgo social, tanto para una mujer como para la otra, se mide en términos de la percepción que tiene el sujeto femenino de su conciencia colectiva.

El espacio privado de la mujer se transforma explorando los cambios impuestos en su cotidianidad, prevaleciendo en ella una identidad que acepta e interactúa con los patrones androcéntricos de su grupo familiar. “El contrato patrilineal”, como indica Smith, “promueve la identificación con la misma ideología esencialista que convierte la historia de la mujer en una historia de silencio, privación de poder y autonegación” (Smith, 1991:100). De ahí que la autobiografía tenga que responder a muchas de las expectativas generadas sobre su conducta de género, como una forma de relacionarse con los hombres. El espacio público femenino es un terreno sub-valorado, lamentablemente condicionado a la rendición e imposición de valores masculinos.

Así, la construcción del “yo” público, en el texto de Mainardi, depende abiertamente de la conexión y del reconocimiento que realiza la autora de la participación política de su esposo, el Dr. Cuello, en el exilio. La autora recuerda que los líderes del destierro dominicano, en especial su esposo, actuaron de buena voluntad y ayudaron económicamente a la mayoría de los exiliados que abandonaron el país. Entre los expulsados en Puerto Rico: “Hubo armonía, hubo buena voluntad, hubo desprendimiento y nos defendíamos económicamente con lo que cada uno pudiera aportar, pero sobre todo las mayores aportaciones corrían por sus líderes locales y los que tenían mejor posición: el Dr. Cuello y el Dr. Miguel Pardo” (Mainardi, 2000:111).

<sup>7</sup> Resulta curioso que Mainardi no habla de la crianza de sus tres hijos en el exilio. Sólo menciona la fecha del nacimiento de su último hijo (Jorge), el 25 de marzo de 1937, porque coincide con los “emblemáticos” sucesos de la Masacre de Ponce. De hecho, el Dr. Cuello fue de los primeros médicos que atendió a los nacionalistas heridos por la policía en la ciudad de Ponce (Mainardi, 2000:107).



Así pues, ella se da a la tarea de revelar los nombres de todos los dominicanos que contribuyeron, con su dedicación y entrega, a cada uno de los proyectos políticos y militares del exilio antitrujillista.

Por ejemplo, doña Conina comenta que la salida al exilio —a mediados de la década del treinta— de reconocidas figuras intelectuales, como Juan Isidro Jimenes Grullón y Juan Bosch, animó la idea de crear un partido que aglutinara a los diferentes sectores antitrujillistas en el exilio. Jimenes Grullón, quien abandonó la República Dominicana en 1936, después de la conspiración de 1934 para asesinar a Trujillo en Santiago, encontró un ambiente favorable para organizar políticamente a los grupos desterrados en Puerto Rico y Cuba. “Cuando Jimenes Grullón vio llegar a Juan Bosch dijo: ‘Bueno, es uno más, pertenece a la generación nueva de Santo Domingo, y vamos a ver si podemos luchar en esto’. Jimenes Grullón no era muy amigo de Bosch, se acercaron los dos con cordialidad y amistad en el exilio. Lo ayudó a conocer mucha gente en Puerto Rico que Bosch no conocía” (Mainardi, 2000:99).

La autora recalca que Jimenes Grullón le abrió las puertas del exilio a Bosch, convenciéndolo de viajar a Cuba para trabajar en la publicación de las *Obras Completas* de Eugenio María de Hostos.

A raíz de esa amistad inicial fue que Bosch escribió el prólogo del libro de Jimenes Grullón, *La República Dominicana: análisis de su pasado y su presente*, el cual fue publicado originalmente en La Habana en 1940 (Jimenes Grullón, 1940). De este modo, se logró fundar el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), en 1939, con la idea de organizar políticamente a la diáspora antitrujillista. Según Mainardi:

El PRD surgió y tuvo como cabeza directora a Juan Isidro Jimenes Grullón, y a casi todos los dominicanos que estaban en Cuba. Cuando se le comunicó al exilio la noticia [de la fundación del PRD], unos estaban muy contentos, otros estaban suspicaces, porque pensaban que [los exiliados antitrujillistas] no debían

en ese momento agruparse bajo un partido político, pero tampoco obstaculizaban la marcha de los trabajos, por las figuras que lo componían (Mainardi, 2000:93-94).

Pero Jimenes Grullón niega que el PRD fuera creado oficialmente en 1939,<sup>8</sup> ya que en esa fecha los líderes fundadores estaban dispersos en América Latina y el Caribe, existiendo sólo un programa mínimo de gobierno que preparó el Dr. Enrique Cotubanamá Henríquez, quien era cuñado del Dr. Carlos Prío Socarrás, uno de los dirigentes más importantes del Partido Revolucionario Cubano y futuro presidente de Cuba en 1948.

Por su parte, el Dr. Cotubanamá Henríquez expresa —en una carta dirigida a su primo Francisco (Chito) Henríquez— que desde antes de 1939 ya venía trabajando en la organización del nuevo partido, otorgándole a Bosch y a Jimenes Grullón los cargos más importantes en el PRD.<sup>9</sup> Esos nombramientos, según Cotubanamá Henríquez, constituyen una deuda que tienen los “dos juanes” con él, quienes terminaron, a su entender, siendo a la larga un fracaso: “cuando ví los celos y ridiculeces de Juan Isidro y las indiscreciones de Bosch... me declaré durmiente, y me dediqué a otras luchas, pero nunca renuncié al PRD” (Espinal, 1982:183).

En su memoria, Mainardi tiene que reconocer que no todos los dirigentes dominicanos actuaron de manera desprendida, surgiendo rivalidades y problemas personales entre ellos mismos. Doña Conina menciona que las ambiciones políticas de Juan Bosch lo llevaron a distanciarse de otros líderes del exilio, como Juan Isidro Jimenes Grullón, y a asumir una postura “teatral y ambivalente” en torno a su destino fuera de la República Dominicana. Doña Conina (2000) afirma que Bosch, luego de arribar a Puerto Rico en 1938:

<sup>8</sup> Nicolás Silfa (1980) aclara que algunos líderes del PRD, incluido él mismo, impusieron en todos los documentos del partido la fecha de 1939 por una “confusión mental”, ya que calcularon erróneamente la entrada de Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial en el mismo momento que estalló en Europa, y no en la fecha correcta de 1941.

<sup>9</sup> La carta del Dr. Cotubanamá Henríquez al Dr. Francisco Henríquez está reproducida en el libro de Fulgencio Espinal (1982:178-183).

## Género, memoria y exilio: el testimonio de Carolina Mainardi en la República Dominicana del dictador Trujillo (1930-1961)

No quería que se supiera que había llegado, pues el exilio era algo duro y él no sabía si podría desenvolverse como exiliado. No quiso mezclarse en Puerto Rico en nada, ni con nadie, además, Juan Isidro no lo conocía. A los dos meses dio unas cuantas conferencias en distintos pueblos, diligenciadas todas por el Dr. Cuello y por Jimenes Grullón. Así fue como Juan Bosch dio sus primeros pasos en el exilio (Mainardi, 2000:100).

En cambio, Jimenes Grullón, quien promovió las aspiraciones políticas de Bosch en el exilio, actuaba de forma ejemplar y sin malicia, trabajando incansablemente dentro de las filas del PRD. Mainardi explica que en el primer Congreso de Unidad Dominicana, celebrado en La Habana en 1944, las diferencias entre ambos líderes no pasaron desapercibidas entre los exiliados antitrujillistas. La designación del Dr. Cuello como secretario general del Frente Unido del Liberación Dominicana (FULD) provocó el alejamiento inmediato de Bosch de la nueva organización antitrujillista, dedicándose a laborar de “espaldas” y de forma independiente de los otros miembros del Frente, argumenta Jimenes Grullón.<sup>10</sup> También Mainardi brinda su punto de vista:

Juan Bosch creyó siempre que el triunfo del Dr. Cuello fue una acción cabildeada por Jimenes Grullón. Esto no fue verdad, surgió lo que tenía que surgir. Entonces Bosch pidió que se le nombrara en un trabajo fuera de Cuba, porque él se iba y se le nombró como Delegado en América, para consolidar simpatías, influencias, ayuda económica, material y política a los trabajos que se avecinaban (Mainardi, 2000:116).

Sin embargo, Bosch (1989) entiende que Jimenes Grullón propuso al pleno del Congre-

<sup>10</sup> En La Habana, según Jimenes Grullón (1977), Bosch entró en contacto con el licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, importante funcionario trujillista, supuestamente confirmando de la existencia de un plan armado, que estaba siendo organizado por el general Juan Rodríguez. Rodríguez, oriundo de La Vega, fue uno de los principales colaboradores económicos de la expedición de Cayo Confite en 1947. Juancito, como se le conocía, participó también en la organización militar del desembarco por la bahía de Luperón en 1949 (Ornes, 1956).

so de Unidad su salida de Cuba, lo cual inició una etapa de luchas amargas entre ambos líderes dominicanos. Después de varias décadas, Bosch pensaba que fue una equivocación su idea de proponer que Jimenes Grullón fuera el líder indiscutido del exilio, como un día le expresó al Dr. Cotubanamá Enríquez.<sup>11</sup> Mas Jimenes Grullón, quien llegó a ejercer la carrera de medicina en Puerto Rico, abandonó definitivamente el prd, después del fracaso de la expedición de Cayo Confite en 1947, adquiriendo Bosch el control completo del partido.<sup>12</sup> De todos modos, Mainardi aprovecha para acusar a Bosch de quedarse con 25 mil dólares del gobierno de Haití, siendo delegado del PRD en América Latina. “El delegado que se nombró para América en el Congreso de Unidad en 1944 no volvió ni rindió cuentas”, dice la autora (Mainardi, 2000:127).<sup>13</sup> Como balance en torno a las gestiones de Bosch en el exilio, Doña Conina señala que era tiempo de fijar responsabilidades en torno a su liderato, no sólo por los fondos que solicitó en nombre del partido, sino también por haber alejado a otros exiliados dominicanos del PRD.

Curiosamente, la autora sostiene la verdad de su denuncia pública, revelando que los sucesos que está narrando sobre Bosch le fueron “contados” por amigos de su esposo.

Es muy difícil elaborar realmente los sentimientos del ambiente, como soy amiga de la verdad, a mí misma me resulta una posición difícil, pues no estaba en el Congreso. Todos los su-

<sup>11</sup> Sin embargo, Bosch (1989) no refuta la versión de Jimenes Grullón de que estaba negociando con funcionarios trujillistas en La Habana el regreso de los exiliados a cambio de que no se invadiera a la República Dominicana.

<sup>12</sup> Cayo Confite es un pequeño y árido islote, localizado en la costa norte de Cuba, perteneciente a la provincia de Camagüey. Fue, por espacio de tres meses, centro de entrenamiento de casi 2,000 combatientes antitrujillistas, en su mayoría cubanos y dominicanos, aunque había personas de otras nacionalidades, quienes tuvieron la intención de invadir a la República Dominicana en 1947 (Grullón, 1989).

<sup>13</sup> En una entrevista concedida a la socióloga Lil Despradel (2000), en 1979, Bosch se defiende de las acusaciones de malversación de fondos en el exilio, señalando que los \$25,000 le fueron otorgados por el presidente Elie Lescot para comprar un avión de carga Douglas tipo dc-3. Bosch señala que con ese dinero que le ofreció Lescot adquirió dos pequeños aviones más (un at-3 y un Cessna), devolviéndole al presidente haitiano 3 mil dólares del sobrante de la compra del equipo aéreo.

cesos me los contó mi marido, y personas con quienes durante mucho tiempo he conversado sobre esto, destacando siempre que fue el evento más importante que se hizo en el exilio (Mainardi, 2000:116).

En efecto, doña Conina reconoce que no presencié las discusiones entre Bosch y Jimenes Grullón, entre otros asuntos del destierro antitrujillista, asumiendo la posición de juzgar a los líderes del exilio dominicano con base en sus sentimientos personales. Ésta, en algunos momentos del texto, cita las palabras exactas del Dr. Cuello, quien murió en 1968, como si fueran sacadas de una entrevista grabada.<sup>14</sup>

La memoria testimonial de Mainardi recoge y almacena información que es sugerida por otras fuentes, como parte del proceso de recordar, lo cual produce un registro pretendidamente fiel de las experiencias vividas por la autora. Pero el conocimiento ofrecido por la memoria, al hacer uso del lenguaje, se ve afectado por las manipulaciones de esos símbolos que cree manejar en detalle, reconstruyendo sucesos que pueden ser, en muchos casos, falsos o engañosos (Diges, 1997; Radley, 1992). Las perspectivas que tiene la autora de rellenar sus lagunas mentales están ligadas a la ilusión de entrelazar el antes y el después de su memoria individual y colectiva. El proceso de recordar, por medio de las palabras, depende de nuestra capacidad de pensar y de sentir en la actualidad, interpretando los hechos pasados desde el conocimiento del presente.

“El impulso confesional no sólo llevará al sujeto autobiográfico a contar las cosas que pasaron, sino a fijar cómo es esa persona a quien le aconteció todo aquello”, plantea Schmidt (2003:139). En buena medida, aunque intenta mitificar las experiencias del exilio antitrujillista, doña Conina termina por reconocer que el retorno a la República Dominicana, en 1961, no fue el esperado. Después de pasar tres décadas fuera del país, la familia Cuello-Mainardi sufrió el rechazo social y político de sus propios

compatriotas, quienes se mostraron recelosos e indiferentes hacia los grupos recién llegados del exilio. La autora comenta que surgieron también rencillas entre los antiguos desterrados dominicanos, creándose así un ambiente de hostilidad y de odio dentro de la población. Según ella:

El Dr. Cuello sentía el ambiente político muy agorero, veía tan pocas posibilidades, por las condiciones morales en que Trujillo lo había dejado: atemorizado, suspicaz, nadie tenía claridad en su pensamiento o en su palabra, todos querían defenderse del otro, entonces no había culpable, todo el mundo se consideraba víctima, de manera que era una situación muy confusa (Mainardi, 2000:188).

Mainardi confiesa que la imposibilidad de eliminar la herencia trujillista en la política dominicana fue una gran desilusión para su esposo, lo cual motivó que la familia entera saliera nuevamente del país. “No hay forma de encontrarme bien, yo me voy del país, lo que más quiero, por lo que más he luchado, todo lo que he hecho con la espontaneidad de un hijo agradecido de su Patria”, declaraba el Dr. Cuello (Mainardi, 2000:190). Sin poder ocupar el espacio público que merecía dentro de Santo Domingo, el Dr. Cuello se autoexilió en Europa, en donde se ocupó de supervisar las Embajadas y los Consulados de la República Dominicana hasta el Golpe de Estado de 1963.

La autora considera que la conducta de su esposo, tanto antes como después de la dictadura, fue ejemplar ya que nunca claudicó sus principios morales. Por tal motivo, después de la muerte del Dr. Cuello doña Conina se transformó en la comunicadora e informadora de la vida pública de su familia, reelaborando su identidad de esposa, madre y mujer del exilio dominicano.<sup>15</sup> Mainardi, como portadora de la memoria social y política del destierro antitrujillista, asumió la tarea personal de no dejar que el silencio irresponsable fuese utilizado y apro-

<sup>14</sup> Es evidente, aunque la autora no lo indica, el uso en su libro de declaraciones públicas del Dr. Cuello en la prensa antitrujillista. De hecho, Mainardi (2000), junto a su esposo, mantenía un boletín de la sección del PRD en Puerto Rico.

<sup>15</sup> La autora, hasta su muerte, formó parte de la directiva de la Fundación Héroes de Constanza, Maimón y Estero Hondo, y del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Revolucionario Dominicano.

vechado con la intención de ocultar la historia reciente del país. Ella exige un espacio digno para los muertos (masculinos) de la Era de Trujillo, para evitar que sus hazañas y sacrificios pasasen a ser parte del olvido colectivo.

La identificación con su esposo es fundamental para comprender la socialización femenina de su escritura, ya que le permite describir el desarrollo psicológico de su personalidad. De hecho, Mainardi se proyecta como una mujer abnegada, atada firmemente a los componentes masculinos de su familia, sintiéndose en el deber moral de preservar la memoria de su esposo. Ella, como mujer “ideal”, elige abandonar su propia identidad, con la cual se autorrepresenta, para llevar a cabo la función de mediadora de la vida del hombre (Codetta, 2000). Este tipo de testimonio insiste en la singularidad de los “otros”, es decir, los exiliados antitrujillistas, así que sustituye un significante, como son sus experiencias íntimas, por otros recuerdos que considera superiores, como fueron las actividades políticas de su esposo.

La autora asume una posición teleológica de identificar a los héroes de su narración, como una extensión de la esfera doméstica, buscando distinguir a los componentes masculinos de su familia. Debido a la urgencia de informar y de denunciar las condiciones de su destierro, el relato que produce resulta extremadamente impersonal en su relación como mujer. Además, en su deseo de ganar un espacio público, la memoria testimonial pierde una parte importante de su carácter estético (Sommer, 1988). La autobiógrafa, al reprimir su propia huella femenina, reafirma su subordinación e invita a los lectores a conocer cómo ha sacrificado su vida por los demás.

“En la medida en que establece su castidad en el texto, en la medida que reafirma su subordinación a todos los padres en el texto y por medio del texto, se le otorga la voz de la autoridad” (Smith, 1991:101). La estrategia de la escritora se reviste de una serie de objetivos compartidos entre ella y el público para reescribir la historia que tienen todos en común. El potencial que tiene su testimonio escrito hace posible que la persona pueda fungir como una “voz”

respetada dentro de la sociedad. Sin duda, el proceso de duelo la lleva a adquirir un nuevo sentido en su escritura testimonial, articulando un discurso público que se resiste a sanar las heridas traumáticas del exilio.

El libro de Mainardi hace un esfuerzo por reparar las pérdidas sufridas durante el destierro, como una manera de continuar con su vida, y así dejar demostrada su intención de recuperar y de transmitir el pasado doloroso de la familia. “Su lugar social está anclado en vínculos familiares naturalizados, y al legitimar la expresión pública del duelo y el dolor, reproducen y refuerzan estereotipos y visiones tradicionales”, acota Jelin (2002:115). Ese fue el precio que tuvo que pagar doña Conina por representar una identidad compartida que marcó inevitablemente su propia disolución dentro de la memoria testimonial. Irónicamente, esa misma condición hizo posible que ella pudiera disfrutar del reconocimiento y del aprecio de la sociedad dominicana.

### Bibliografía

- BOSCH, J. (1989), *El PLD, un partido nuevo en América*, Santo Domingo, Editora Alfa & Omega.
- BRÉE, G. (1994), “Autoginografía”, en Á. LOUREIRO (coord.), *El gran desafío: Feminismo, autobiografía y postmodernidad*, Madrid, Megazul/Endymion.
- CODETTA, C. (2000), “Autobiografía femenina y percepción del espacio público”, ponencia presentada en el XXII International Congress of Latin American Studies Association, Miami, 16 al 18 de marzo.
- DESAPRADEL, L. (2000), “Encuentro con Juan Bosch: En busca del tiempo perdido”, en G. PIÑA CONTRERAS (editor), *En primera persona: Entrevistas con Juan Bosch*, Santo Domingo, Ediciones Ferilibro.
- DIGES, M. (1997), *Los falsos recuerdos: sugestión y me-*

- moria*, Barcelona, Editorial Paidós, traducción de Nieves Pérez Mata.
- DUCHESNE, J. (1992), *Narraciones de testimonio en América Latina: cinco estudios*, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- ESPINAL, A. J. (1970), *Trujillo, Bosch y yo*, Santo Domingo, Impresora Arte y Cine.
- ESPINAL, F. (1982), *Breve historia del PRD*, Santo Domingo, Editora Alfa & Omega.
- FELMAN, S. y D. LAUB (1992), *Testimony: Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis and History*, New York, Routledge.
- FRIEDMAN, S. (1994), “El yo autobiográfico de la mujer: teoría y práctica”, en Á. LOUREIRO, (coord.), *El gran desafío: feminismo, autobiografía y postmodernidad*, Madrid, Megazul/Endymion.
- GRULLÓN, J. D. (1989), *Cayo Confite: la revolución traicionada*, Santo Domingo, Editora Alfa & Omega.
- JELIN, E. (2002), *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI.
- JIMENES GRULLÓN, J. I. (1940), *La República Dominicana. análisis de su pasado y su presente*, La Habana, Arelano y Cía., Impresores.
- JIMENES GRULLÓN, J. I. (1977), *John Bartlow Martin: un próconsul del imperio yanqui*, Mérida, Universidad de Los Andes.
- KADAR, M. (1992), *Essays on Life Writing. From Genre to Critical Practice*, Toronto, Toronto University Press.
- KAMINSKY, A. K. (1999), *After Exile: Writing the Latin American Diaspora*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- LERNER, G. (1986), *The Creation of Patriarchy*, New York, Oxford University Press.
- LESLIE, G. R. y S. K. KORMAN (1986), *The Family in Social Context*, New York, Oxford University Press.
- MAINARDI, C. (2000), *Vivencias*, Santo Domingo, Editora Manatí.
- ORNES, H. (1956), *Desembarco en Luperón. Episodio de la lucha por la democracia en la República Dominicana*, México, Ediciones Humanismo.
- RADLEY, A. (1992), “Artefactos, memoria y sentido del pasado”, en D. MIDDLETON y D. EDWARDS (editores), *Memoria compartida: la naturaleza social del recuerdo y del olvido*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1992.
- RIDDEI, M. del C. (2000), “Última etapa del exilio de María Teresa León: la escritura reparadora”, en *Donaire*, núm. 14, junio.
- ROWBOTHAM, S. (1973), *Woman's Consciousness, Man's World*, London, Penguin.
- SCHMIDT, A. (2003), *Mujeres excéntricas: la autobiografía femenina en Puerto Rico y Cuba*, San Juan, Ediciones Callejón.
- SILFA, N. (1980), *Guerra, traición y exilio*, Barcelona, Edición del autor.
- SMITH, S. (1987), *Poetics of Women's Autobiography: Marginality and Fictions of Self-Representation*, Bloomington, Indiana University Press.
- SMITH, S. (1991), “Hacia una poética de la autobiografía de las mujeres”, en Á. G. LOUREIRO (editor), *Suplementos Anthropos*, núm. 29.
- SOMMER, D. (1988), “Not Just a Personal Story: Women's Testimonios and the Plural Self”, en B. BRODZKI y C. SCHENCK (editores), *Life/Lines. Theorizing Women's Autobiography*, Ithaca, Cornell University Press.